

## La Ruta de las Fuinas

### Relato sincero de una excursión veraniega a Las Tajadas de Bezas

Vadeando el río Bezas como buenamente pudimos, que ese día venía con turbulencias no acostumbradas y embravecido por los singulares aportes de los barrancos de las Carboneras, el del Juncarillo, el de las Caramochuelas y el del Lobo, tras una noche de perros, pródiga en tormentas copiosísimas en elementos líquidos, sólidos y eléctricos, los tres nos dispusimos en esa fresca mañana del mes de agosto al redescubrimiento una vez más, de los maravillosos paisajes de ese hermosísimo conjunto de bellezas naturales sin igual, que nuestros abuelos de Bezas bautizaron con el acertado nombre de Las Tajadas. Rendimos culto así desde siempre a una especial orografía de la naturaleza sabia, que dispone los elementos de manera que se les pueda aplicar el cómodo apelativo que más cuadre y convenga y que más utilidad aporte a ese encantador bagaje cultural con que se nutre la riquísima nomenclatura rústica y urbana de los pueblos.

Cual añejos robines, armados cada cual como mejor caía a su particular acomodo o a la riqueza de los arsenales de que se dispone en la vieja casa del pueblo, llamada amorosamente y con coqueteo la “mansión”, tan rancia ya en el tiempo como rica en nostalgias que sugiere cálidos recuerdos de un pasado que casi es ayer; esa mañana los tres queríamos demostrar una vez más, no la última, que el tiempo no borra de las mentes agradecidas la generosidad de una tierra que aun sabiéndose tan pobre, hasta bien poco hace se ocupó de todos nosotros y aún le sobraba amor y caridad. A ella le servía y le bastaba saber de nuestras necesidades muchas y daba una y otra vez todo lo que tenía, que hoy, a fuerza de no quererlo, de no saber qué hacer con él, se le ha ido tristemente de las manos; ya casi estéril en dádivas materiales, pero aún no del todo ha perdido su amor hacia nosotros, que nos llama y nos atrae para nutrir nuestro espíritu al menos, que en eso es cada vez más pródiga y generosa.

Curiosa se nos hace a nosotros también la situación, esta pregonía de nuestros pueblos, de nuestras tierras queridas que parece no tener fin. Aquí parece ser que cada vez es más necesario el hábito, una vez siquiera, de tanto hijo disperso, para mitigar el trauma de la postración forzosa y seguir, seguir. Hay algo también de impropio en este comportamiento observado y hasta pensamos si serán síntomas para la confianza, la euforia de esta veteranía, acomodaticia al entusiasmo atemporal de cada momento, por mor de la propia vida y

unas circunstancias comunes, que nos hacen querer cada vez más lo que ya perdimos antaño, lo que estamos perdiendo a diario, lo que nos afanamos por recuperar tan pronto como podemos, el contacto con el medio, nuestro origen.

Él, Paco, que atesora en sí el bagaje rico de todo el conocimiento teórico y práctico y hasta burocrático, de las cosas forestales por excelencia; con su callada compostura de viejo zorro que se mueve por igual en los medios capitalinos y rústicos; relativamente enigmático, hasta el punto que a uno se le haría difícil opinar sobre sus preferencias y amores, a la usanza del clásico pateador de montes, cuando preciso sea; sin que le faltase su vieja amiga al hombro y zurrón; que a veces en el monte surge la sorpresa, o que estamos en tiempo de caza y alguna codorniz puede por allí también ponerse a tiro y no sería cuestión de hacerle ascos.

El amigo Quintiliano, viejo zorro también, no menos conocedor y amante de estos lugares, por cuyos pagos encontrara antaño lugar y trabajos para curtir su gran humanidad física, acallando a la vez otros amores para un mayor acrecentamiento del cariño a esta vieja tierra. Grueso garrote del abuelo, que tantos malos pasos evitó, para apoyarse si las fuerzas fallaran y si por si fuese preciso para otros usos, que nunca se sabe.

Y un servidor, que humildemente se confiesa que iguala a cualquiera en cariño a lo suyo. Con el recuerdo siempre encima de sus pocos años mozos vividos aquí y por aquí pasados, que ha hecho ya de Las Tajadas su santo y seña; acicalado a mi modo y siempre con las preocupaciones encima que la experiencia aconseja son necesarias cuando se visitan lugares tan sumamente bellos, pero que pueden tornarse agresivos por naturaleza.

### **Hay que buscar el paso de las “Güinas”**

Hay un plan de ataque para llegar al paso de las “Güinas”, que hemos estudiado detenidamente y nos aprestamos los tres unidos por camaradería, amistad y parentesco a tercerías, a descubrir esta ruta, nueva para algunos, que siempre es bueno añadir algo al conocimiento particular, que años hace ya la descubrieron nuestros abuelos y guardaron con esmerado celo el secreto de esos senderos, con el instinto y las buenas artes del viejo trotamontes, que tan bien se sabía los oficios mil necesarios para alimentar a la prole, cual zorra que cría siete, se decía por allí, a la vez que el propio ego particular, que era preciso cuidar, en constante y sempiterna competencia con el vecino, a

quien había que ganarle siempre si era posible, acudiendo a la astucia y mil artimañas o impelido por una mayor necesidad.

Indispensable se hace a todo aquel que desee empaparse bien de estos lugares, verdadero monumento de la naturaleza y manjar exquisito a la sensibilidad más exigente, el comienzo ya desde el mismo regajo, hecho río mozo a veces, ascendiendo a la majestuosa cumbre de Tajada Bajera. Desde esta cumbre inmaculada, plataforma enorme casi inaccesible al foráneo, playa donde uno puede hartarse de sol y brisa reconfortadora, los tres diseñamos el camino a seguir hasta llegar al paso de las “Güinas”, que no estamos muy seguros de localizar, pues la ruta seguida por estos belicosos mamíferos discurre por verdaderas atalayas de piedra, profundísimas grietas y cavidades y laberintos sin fin, que les hace pasar desapercibidas al ojo del cazador, instinto ancestral mantenido para evitar la captura siempre codiciada.

Desde tan bello observatorio, los tres oteamos los constreñidos horizontes cuajados de pinos y peñascos enormes. Dice Quintiliano no recordar bien la última vez que estuvo con el abuelo Florentín, pero sí que tiene idea. No conoce Las Tajadas tan bien como llegó a conocerlas el abuelo, que pasó la mitad de su vida en la gran cerrada y conocía perfectamente cada callejón, cada grieta, cada rincón del conjunto y él fue quien lo condujo una vez al paso de las Fuinas, epicentro mismo de la ruta que estos animales usaban en sus larguísimos desplazamientos y que es de suponer aún sigan usando. Esto son Las Tajadas, lugar ideal para el medro de la fauna y flora, donde sin duda alguna la garduña, el gato, el zorro, el tejón y una gran variedad de depredadores y aves, vivían entonces una existencia feliz.

Se trata de una gran depresión en el mismo centro de la cordillera baja del Rodeno y nada de extraño tendría que la fuina llegase en sus escarceos caprichosos o de necesidad hasta las mismas puertas de Albarracín, por los enormes peñascos de los Buitres y de los Cuernos, hacia las Peñas Royas. Residencia fija en Las Tajadas o parada y fonda en sus desplazamientos; con salto a Peña de la Magra y del Acerollo, por los bonitos acantilados de las piezas del Rodeno en el Saltillo y por las enormes paredes y grietas de Peña de la Cruz; de puntal en puntal a Peña Redonda y los desfiladeros de las Olivanas. ¿Llegaron a pescar nuestras fuinas de Las Tajadas, las mismas que cruzaron el paso que ahora andamos buscando, en los ríos Albarracín y de Tormón? Es más que posible, dado el carácter trashumante de estos carnívoros.

### **Caminando hacia nuestra meta**

Hoy nuestra principal misión es encontrar el paso de las Güinas, pero ello no nos impide dedicar algunos momentos, dentro de los senderos que seguimos, a examinar los abrigos tan abundantes y covachas, algunos de paredes enormes y lisas. Tenemos mucha curiosidad, intuición e interés. Nos encontramos en medio del gran poblado natural troglodita que los bezanos conocemos desde siempre, descubierto después por el arqueólogo Ortego –a quien serví de guía– donde tanto abundan las huellas del pasado. Somos de la misma opinión de Ortego, nos parece muy poco lo descubierto, creemos firmemente en que hay muchas más pinturas rupestres que las que entonces descubrimos y como la iniciativa oficial que tiene los medios y el dinero no hace nada, actuamos por nuestra cuenta y llevados por el amor a lo nuestro. Porque cada día habrá más dificultades, la enorme vegetación lo cubre todo, la exploración se hace muy penosa y no contamos con medios de detección.

En lo angosto de la Cañada, dando ya vista a los Cerrados de Calixto, apunta un farallón enorme, en cuya base bien al abrigo del cierzo y al amor del sol, cerraban las cabras familiares nuestros. La vista es francamente una belleza digna de retina sensible a los mayores placeres visuales.

– Aquí parece ser, dice nuestro por hoy jefe de expedición.

Y con gran agilidad comienza a trepar por el peñasco, como si tal cosa, entre dudas por elegir el mejor camino.

Es innecesario subir los tres de momento, porque además ya el sol calienta de firme y no es caso de perder energías, que la excursión está a medias. Quedamos dos en la base bien cobijados en la sombra, que da gloria estar y escuchando la brisa mañanera y la gran sinfonía pajaril, entre lo que destaca el canto del martín carpintero, tan abundante por estas zonas, con sus estridencias alocadas pero tan agradables al oído.

– Aquí está, se le oye al bueno de Quintiliano, que se le nota contento como a un niño por el hallazgo. Y hasta él subimos Paco y yo como podemos, que el ascenso no resulta fácil. Un rapel ligero, pero asegurándonos y agarrándonos donde podemos con pies y manos. Se trata de la cara norte del peñasco, que conserva aún la humedad de la noche. En estos parajes tórridos durante el día, las noches son pródigas en rocío que llega a mojar te cuando transitas por sus praderas o yerbazales. La piedra presenta en toda su cara un tupido velo de musgo verde, inofensivo cuando está seco pero peligrosísimo cuando

se presenta con humedad producto del rocío de la noche o de la lluvia, por lo resbaladizo e inseguro.

La piedra del rodeno es bella, pero este musgo a la que es tan propensa le hace muy peligrosa, pues es frecuentísimo el resbalar y las consecuencias podrían ser rodar al vacío, a profundos barrancos y grietas.

Un poco jadeantes y sobre todo sudorosos llegamos a la cima del peñasco y sobre una larga plataforma a modo de balconada, cubierta de gayubazos y quejigos, con hermosa vista al gigante de Peña del Hierro nos espera Quintiliano todo satisfecho.

Una enorme grieta que separa dos moles desgajadas da lugar a un callejón conformando una covacha, que da paso a la parte oeste, deslizándose suavemente hacia los cerrados de Calixto. Entre estas dos piedras y al medio de la cueva se observa todavía en perfecto estado la pared de piedra tosca coronada con fajos de estepas ya secas, a modo de bardera y que impedían el paso normal de las fuinas y en la base la gatera por donde el animal se veía obligado a pasar.

Debió de costar mucho tiempo y paciencia a aquellos caballeros de la sierra hacer que las fuinas pasasen por la gatera. Tras vigilar a conciencia las andanzas y costumbres del animal con celos y paciencia espartana, especialmente en las épocas de pequeñas borrascas en las que era fácil seguir el rastro, construían esas barreras con las gateras de forzosa salida. Seguro que estos inteligentes animales fueron reacios a pasar por allí, pero a través del tiempo pudo más la costumbre y terminaron por dejarse conducir. No es fácil abandonar hábitos, pasos considerados como seguros desde tantos años.

El descubrimiento nos agrada, nos llena de alegría, se trata de una tosca trampa que ya no cumple su misión, que ni siquiera sabemos si cumplió su misión de facilitar a nuestros abuelos algún tributo representado por la valiosa piel de la garduña. Nos enfrascamos en deliberaciones y comentarios a veces jocosos, pero siempre llenos de encendido calor hacia nuestros paisanos de Bezas, que tan bien se conocían las artes de la caza, cuando cazar aquí constituía un medio más de vida, antes que un simple capricho o deporte; descansamos un buen rato en la tupida alfombra.

Estamos en posesión para nosotros tres solos de una atalaya soberbia y magnífica. El paso de las fuinas, desde donde se domina un paisaje exuberante y bello, que recorreremos minuciosamente con prolongadas pasadas de potentes prismáticos a los que nos pegamos golosos como si estuviéramos por primera vez en Las Tajadas. En

nuestro frente la cara oeste de Tajada Somera, una enorme pared de 150 metros de larga, cubierta de musgo verde oscuro, jalonada de quejigos, carrascas y pinos viejísimos que crecen increíblemente en grietas, un exponente prodigioso de esta naturaleza agradecida. Abajo el tremendo desfiladero que lleva directo al regajo por entre huertos abandonados, y allá arriba a nuestra derecha, la gran mole de Peña de la Magra, feudo todavía del águila lebrera, el gavián y el azor, que es fácil observar a cualquier hora del día planeando y dejando oír su largo y peculiar modo de piar, sus acrobáticas pasadas, sus aleteos característicos como de polluelo que comienza a volar por primera vez.

Sin duda alguna que nos encontramos en la ruta indiscutible por donde estos pequeños y agilísimos animales podían hacer la travesía sin apenas ser vistos y con los mínimos peligros, al caminar por entre grandes aglomeraciones pétreas, donde además abundaban las presas indispensables para su dieta. Ruta legendaria sin duda alguna desde los más remotos tiempos en que estos lugares ya estaban densamente poblados por tribus de buenos cazadores, que les acosarían sin descanso por otros lugares más accesibles y propicios. Y hasta quien sabe si el paso que hoy estamos contemplando no data ya de tiempos remotos también, olvidado durante algún tiempo u época de transición y abandono de civilizaciones, continuando después por nuestros contemporáneos abuelos.

Lo que sí entra dentro de la pura lógica es que las fuinas pasaban por aquí, seguramente desde siempre, pero desde luego sí al menos en épocas recientes, cuando el conjunto de Las Tajadas estaba totalmente cultivado, lleno de huertos y cerrados, de cuevas del ganado, de civilizaciones en suma, que hizo necesario a estos bellos mamíferos seguir estos increíbles caminos para su desplazamiento.

### **Hemos cumplido el objetivo, regresamos**

La mañana camina a buen ritmo. Nos metemos en el día caluroso y decidimos regresar, aunque el paisaje invita a quedarse. Ya está cumplido el objetivo del día, pero aún queda por explorar o visitar algún bello rincón de este hermoso conjunto que conforman la zona de los Cerrados de Calixto.

Imitando de alguna manera a nuestra anfitriona la garduña, ya que en su casa estamos, tenemos que gatear un trecho hasta salir de la cueva y descolgarnos por una amplia grieta que nos conduce directamente a los primeros cerrados. Una gran fronda de josma,

biércoles y gayubazos, lugar ideal para el rebollón, el recordado “mizclo” de mi juventud.

Andamos como podemos por esta amalgama de maleza, estepas enormes y retorcidas de viejas zarzas, brezos y pinos; pinos pequeños y grandes, de todas las edades, hermosísimos pimpollos al lado de veteranos que ostentan las hendiduras viejas de la época de la resinación, que nos recuerda nuestros años de la resina, algo de lo que por allí todos conocemos y añoramos, no por la bondad del trabajo precisamente, sí por lo que para nuestro pueblo de Bezas suponía de riqueza y de vida.

En el lugar en que ahora nos encontramos, todavía el serrucho despiadado y cruel, sostenido por manos ya inmisericordes e insensibles, no ha dado rienda suelta a su voracidad destructora. Pero sí los monstruos de ruedas de hierro abrieron unos años atrás una gran pista para robar al lugar una pírrica riqueza que se había acumulado a lo largo de cientos de años, que Dios sabe cuando volverá a recuperarse.

Estamos gozando hoy de esta naturaleza que nos queda y esperamos confiados que nuestro pueblo y otros responsables de Teruel y de Albarracín se sensibilicen y sepan acudir a tiempo y salvar del desastre que supondría talar indiscriminadamente estos pinares de Las Tajadas.

Ya se cometieron algunas atrocidades que no están totalmente explicadas ni justificadas.

Yo he visto en estos mismos días enormes pinos abandonados en lo escarpado de las peñas, después de haber sido abatidos, por la dificultad que suponía sacarlos de allí. Es un doble delito ecológico con desprecio económico, tirar bellos ejemplares de pinos en lugares pintorescos e inaccesibles y dejarlos allí para que se pudran<sup>1</sup>.

Se acerca el mediodía y hace mucho calor. Salimos de Bezas con un simple desayuno y el ejercicio ha sido considerable. Qué lejanos los tiempos cuando lo primero que se hacía al salir de casa, apenas rayando el día, era meterse al cuerpo una buena sartenada de gazpachos tostados, un par de tajadas de lomo o un par de tronchos de longaniza, o todo junto. Qué tiempos.

#### **Una fuente natural**

Hay una fuente o clocha natural, que alimenta la acequia de drenaje de los cerrados y que pocas veces se seca, protegida por

---

<sup>1</sup> El serrucho entró en acción nuevamente, eso fue en 2.002, con gran severidad diezmó este idílico paraje.

grandes lajas de piedra de modo que el sol jamás le da al agua. Allí hacemos un alto y comemos con extraordinario apetito el bocadillo, que nos sabe a poco y nos hace recordar aquellas meriendas rústicas de pueblo, que los tres alguna vez y muchas, nos hemos comido por estos hermosos pinares y quizás también en este mismo lugar, que tanto hemos transitado en misiones diversas y jamás por puro placer, como lo hacemos ahora, sino en función de durísimos trabajos para la subsistencia de nuestras casas.

Terminado el ligerísimo ágape, me tiento una vez más, será ya la última por este año, el escrutar detenidamente la enorme pared lisa de la solana del barranco del Lobo; un amplio corredor resguardado de los vientos fríos, con restos recientes de fogatas que se hacían en los días de lluvia, cuando el agricultor-pastor-resinero, no podía seguir en el trabajo de ese día y se refugiaba en las cuevas.

Es una manía la mía de mirar siempre en los abrigos y covachos en busca de pinturas. Me envenenó mi querido y recordado Ortego. Pero nada, no encontramos nada y nos dirigimos hacia el último tramo de los objetivos que nos marcamos al salir de Bezas. Una exploración más detenida, esta vez con linterna, de una grande y curiosa cueva, que termina en una salita cuadrada de paredes lisas, producto del desgajamiento de las rocas en épocas remotas. Que esto ha sido refugio de habitantes de las tribus de Las Tajadas es evidente; un examen más detenido arrojaría más luces sobre el particular.

Sí que hemos encontrado en esta cueva señales evidentes del paso de las fuinas o gatos, excrementos para nosotros un tanto atípicos por inexpertos que somos, pero que creemos son de fuina y un esqueleto de una gran serpiente.

Es una evidencia más de que estamos en la ruta de las fuinas, que por estas cuevas descienden de lo alto, sorprendiendo aquí a gran cantidad de aves y en los cerrados a topillos, serpientes, etc. La gran familia faunífera de Las Tajadas hacen un lugar ideal para la fuina, como lugar permanente o de parada temporal para los individuos de otras zonas. Sus costumbres ancestrales son invariables, siguen un mismo camino en sus desplazamientos; solo de este modo nuestros abuelos pudieron fijar con certeza la ruta, situando sus trampas en los lugares más apropiados para la captura.

Es un lugar excelente para su supervivencia y procreación de la especie, pero siempre hostil por la presencia del hombre desde las primeras civilizaciones.

La fuina terminó dejándose conducir a través de las gateras o pasos que su enemigo el hombre le preparó, quizás huyendo de otros



enemigos que le acechaban por rutas más bondadosas, como un tanto consciente de que debía de ser así, que de vez en cuando rendiría tributo al señor de los entornos, poniendo su piel a su alcance, con todo lo que en aquellos tiempos suponía; primero como adorno y abrigo, después como aporte económico a la hacienda familiar.

La mañana ha sido generosa en sensaciones placenteras a nuestros sentidos y nuestras añoranzas. Y ya un poco cansados abandonamos los cerrados de Calixto por la angosta desembocadura del barranco del Lobo, donde por cierto topamos con la monda calavera de un jabalí de prominentes colmillos que el amigo Paco se empeña en arrancar.

Y dando trompicones, resbalando sobre la josma y el agua que discurre por el gran canal del barranco, nos descolgamos hacia el cañón del lado oeste de Peña del Hierro, plagado de cerrados abandonados, donde proliferan los cerezos, membrilleros, acerrollos, parras y diversos frutales más que plantaron nuestros padres y abuelos.

### **La degradación lo invade todo**

Las enormes paredes hechas a costa de tanto sudor, permanecen en gran medida desafiantes al tiempo. Pero la degradación lo invade todo, la gran maleza, los pinos; el rey pino todo lo llena.

Más abajo, ya en el regajo, al pie de la presa que sirvió de almacén hídrico a los mineros de los años sesenta, hacemos acopios de energía, sentados en la ribera, con los pies zambullidos en el agua fresquísima que nace aquí, en estos bellos lugares aledaños al pueblo de Bezas y que forma un regajo aprendiz de río.

Mientras gozamos de esa incontinencia bien ganada y damos rienda suelta a nuestros recuerdos del ayer nostálgicos de nuestra juventud que hoy hemos revivido y que volveremos a revivir, a buen seguro, siempre que podamos, hay en mi un pensamiento constante que me tiene sumergido. Una duda que nadie ha podido desvelarme. Son los ancestros de nuestros abuelos, a los que yo, cada vez que subo a Las Tajadas, quiero ver en cada covacha, en cada carasol; a la espera del lobo, o de la cabra, del gato, de la fuina, que constituían y llenaban buena parte de su existencia.

Publicado en el Diario de Teruel el 14 de octubre de 1.989

NOTA: El verano de 2.004, en compañía del amigo Arturo, descubrimos un nuevo abrigo con una pintura rupestre, unas figuras antropomorfas, que ya están catalogadas por la D.G.A. Bautizamos el abrigo con el nombre de El Campanario.